

Clausura de Verines: mucho cuento y muchas nueces

Agustín Cereales

Clausura de los encuentros en Verines. Adiós a todo ésto. Luis García Jambrina, por la Universidad de Salamanca, Fernando de Lanzas, director general del Libro y Luis González Martín, subdirector general de Promoción del Libro, dan el carpetazo final y nos vamos a comer una fabada. Quedan en el aire los fantasmas que puso en circulación Joan Perucho con su lectura de acentos elegantes, fosforescentes de luces sin cable, el cuento cruel de Miguel Rojo, las risas del gran Bieteo Iglesias, el bable de Álvaro Ruiz de la Peña, la delicadeza honda de Antonio Riveiro, el humor incisivo de Luis Magrinyá...

Renuncio a dar cumplida cuenta de todos y cada uno de los participantes. Care Santos, por cierto, hizo tan viva la presencia de Julio Cortázar que por un momento creímos que llamaba a la puerta. Horacio Quiroga y su decálogo, a su vez, también llegaron el último día. Fernando Valls, con su erudición extraordinaria, tenía el último turno y debería haber hecho balance y valoración de las jornadas, pero prefiere exponer la noción de «microrrelato», género de la elipsis por excelencia. No me olvido, por supuesto, de Antonio Pereira, cuento andante en sí mismo, cuya presencia, cuyas intervenciones en todos los debates nos certificaban que no estábamos delante de un objeto abstracto sino de una realidad viviente, casi de carne y hueso.

UN GÉNERO EN EXPANSIÓN

No se han intentado muchas definiciones del cuento. Queda la evidencia de que el cuento es un género en expansión tanto cuantitativa como cualitativamente, que desborda todas las previsiones. Es, quizá, el género donde los autores, nuevos y viejos, se sienten más libres para explorar territorios, para pedirle al lector el precio del esfuerzo a cambio de la complicidad. No estábamos todos los que son ni muchísimo menos. No obstante, cabe resaltar que los ausentes no fueron olvidados. Al contrario, a más de uno le silbarían, y gratamente, los oídos. No hay entre los cuentistas esas banderías y enemistades que al parecer adornan (o asfixian, todo va en gustos) otros campos de las letras. Será que el cuento por ser tan de carne y hueso precisamente, nos hace cariñosos.